

# hacia una nueva imagen de la iglesia española

Las conclusiones a las que ha llegado el Clero. —Obispos y sacerdotes reunidos en Asamblea— de alguna manera han provocado una especie de conmoción político-religiosa en nuestra sociedad española.

A estas alturas tanto quienes las han recibido con alborozo como quienes no han podido evitar la manifestación de su malhumor y agresividad, nos están invitando a reflexionar, no sólo sobre lo que dicen esas formulaciones concretas o los textos explicativos de su génesis o justificativos de su contenido, sino también —en la medida que queramos descubrir las razones de largo alcance—, sobre el significado que encierran.

Nuestro intento se reduce a formular unas sencillas reflexiones con objeto de desvelar un poco el trasfondo oculto en el texto

y conclusiones de la Primera Ponencia "IGLESIA Y MUNDO EN LA ESPAÑA DE HOY" aprobadas en la Asamblea Conjunta (1).

La Ponencia y sobre todo las proposiciones votadas, dentro de su concreción, no sólo han despertado un interés socio-religioso según la jerarquía de valores vivida por cada ciudadano o católico español, sino que han estimulado procesos de revisión histórica, acompañados de valoraciones cargadas de pasión y de interpretaciones inexactas o políticamente morbosas, aunque fácilmente previsibles. Y por eso va llegando la hora de que, en la serenidad y la calma, se vaya desentrañando el sentido de su intención y a poder ser explicar el contorno de su finalidad.

Porque hay que tener muy presente y ser muy consciente de ello, que desde un punto de vista

(1) Damos por supuesto el conocimiento de los textos aprobados en la Asamblea y publicados en el volumen *Asamblea Conjunta Obispos-Sacerdotes*. Madrid, 1971. B.A.C.

estrictamente eclesial esas mismas conclusiones sólo alcanzarán su dimensión exacta y se harán fecundas —y entonces sí que se podría hablar de acontecimiento histórico— cuando se establezcan unos cauces de acción pastoral que partiendo de las realidades en ellas reflejadas permitan a la Iglesia española entregarse decididamente a realizar una tarea misionera por el momento sólo apuntada y postulada.

Con todo, a quienes con interés y objetividad se aproximen a estas proposiciones aprobadas que intentan descubrir a grandes rasgos la situación del mundo actual y de nuestra sociedad española no les será difícil descubrir tal como allí parece reflejada, la imagen de una Iglesia que “ha roto la concepción inmovilista, estática y tradicional para lanzarse al océano del cambio, como soporte movedido de la historia, en donde está inmerso el hombre de hoy”

Desde otro punto de vista, y teniendo en cuenta el clima polémico creado en torno a la Asamblea, nos parece oportuno señalar que a juzgar por los textos aprobados cabe también pensar que quienes los han aprobado han asumido lúcidamente la responsabilidad que para ellos, Obispos y sacerdotes —los responsables más inmediatos del catolicismo español—, supone la aceptación de una imagen de Iglesia que quiere presentarse desprendida del poder institucional de que anteriormente ha gozado para entregarse afanosamente a una búsqueda de real pobreza que lleva consigo una nueva forma de hacerse presente en el mundo. En este sentido parece lógico dedu-

cir que se ha dado claramente una ruptura cuya significación más honda parece ser la de una aceptación de hecho de “la muerte de la cristiandad”. Ante este hecho no cabe el tomar una actitud estéril de añorar épocas pasadas, sino la de esforzarse por crear nuevas formas de encarnar el cristianismo en la sociedad. Y esto parece, en última instancia, haber quedado reflejado en el conjunto de textos aprobados en esta Asamblea de Obispos y sacerdotes.

¿A qué se debe este cambio de actitud y cómo ha surgido esta nueva imagen de la Iglesia y por qué los responsables más directos del catolicismo español buscan nuevas formas de inserción para la comunidad de creyentes en la sociedad española? Estas preguntas tan espontáneas y fundamentales nos llevan a situar el análisis en un contexto más amplio como es el de la relación Iglesia-Sociedad porque sólo desde él, a su vez, pueden entenderse los problemas actuales del ministerio sacerdotal, en su verdadera perspectiva eclesial.

Y no cabe duda de que este contexto sitúa en su dimensión exacta lo más profundo de la llamada “crisis sacerdotal”. Para el sacerdote totalmente integrado en la institución eclesial al menos en su figura actual, el choque entre una Iglesia cuyas formas de pensamiento, estructuras de autoridad, sistema jurídico, tipo de organización responden aún al modelo de cristiandad y una sociedad en la que están apareciendo nuevas aspiraciones, nuevos valores y nuevas formas de convivencia social se hace estremece-

dor y tremendamente doloroso y desgarrador.

Por último antes de intentar dar una respuesta a las preguntas de "trasfondo" dejemos constancia de algo que nos parece obvio pero también tremendamente importante para interpretar las posibilidades de futuro de esa actitud de una Iglesia que "cambia" porque ha decidido eliminar condicionamientos socio-políticos.

La imagen que de la Iglesia española la Asamblea acaba de ofrecer al pueblo de Dios no es, en modo alguno, la de una Iglesia dividida, sino la de una Iglesia que intenta ser fiel a su incommovible raíz evangélica, que peregrinando en el mundo quiere acompañar, orientar y alimentar a los hombres de cada tiempo en la grandeza y en la servidumbre de su peripecia humana. Desde este punto de vista el rostro que la Iglesia española ha ofrecido a través de los hombres investidos de los carismas de la jerarquía y del ministerio es firme, sereno y sencillo.

Se nos revela —ésto es muy cierto— como distinto del que esta comunidad eclesial española estaba acostumbrada a contemplar. La novedad es profunda, su encaje social puede resultar difícil y nada extraña que suscite criterios discrepantes manifestados incluso con estridencia.

### **el fenómeno del cambio histórico y el nuevo momento cultural**

La nueva actitud de la Iglesia Conciliar, que se ha expresado en ésta fórmula tan vaga, de "espíri-

tu del Concilio", a pesar de su ambigüedad contiene una inspiración, un impulso y una mística nueva dentro de la Iglesia.

También se ha querido traducir con estas fórmulas más precisas como "presencia en el mundo" a fin de indicar de forma más directa la "atención al mundo" que la Iglesia quiere resaltar con el profundo interés de conocerlo mejor, comprenderlo y, en último término, conectar con sus problemas para así cumplir mejor su específica función de "salvar al mundo".

Consecuentemente la Iglesia al abrirse sobre el mundo tiene que descubrir, valores y asumir las características nuevas que él presenta.

Para entender en toda su hondura los interrogantes que antes planteamos sobre el por qué de esa nueva imagen de la Iglesia hemos de tomar como punto de partida el dato de que estamos asistiendo a un cambio histórico tan radical como el que supone que "un mundo" de ideas, de valores, de actitudes y de vivencias está desapareciendo al mismo tiempo que se busca afanosamente la construcción de otro nuevo.

Esto mismo nos hace vivir en un hoy incierto, complejo e inestable.

El problema se agrava cuando descubrimos esos dos factores característicos que acompañan a este cambio histórico. Por una parte el proceso de aceleración al que está sometida la rapidez del cambio y, por otra, el hecho circunstancial, pero importantísimo, de que los fenómenos inicialmente

de vanguardia en poco tiempo se transforman en fenómenos de masa.

A primera vista el cambio —y éste es su aspecto más positivo se presenta como un afán de mejorar las condiciones de vida de todos, especialmente de los más necesitados. Y lo que hoy los hombres más necesitan es dar un sentido a su vida. Esto mismo nos obliga a reconocer que esta crisis del mundo moderno no es simplemente, —aunque también— una crisis de estructuras, políticas, económicas y sociales, sino principalmente una crisis espiritual.

En su sentido más hondo la crisis que actualmente padece el mundo viene a ser el resultado de una mutación sustancial en la forma de concebir los soportes que servían de punto de apoyo a la misma concepción del hombre y al significado de su mundo cultural.

Independientemente de su valoración, es decir, de su verdad o falsedad, hoy resulta innegable que estamos asistiendo a una nueva concepción del mundo y del hombre radicalmente opuesta a la concepción de la cultura tradicional inspirada en la Biblia y en el cristianismo tradicional. Desde un punto de vista rigurosamente conceptual, esa concepción anterior era medularmente trascendentalista a diferencia de ésta actual, esencialmente immanentista. Es decir, en la anterior el “más acá”, la realidad mundana y humana, encontraba su justificación y explicación gracias a la existencia de la realidad del “más allá”, y en última instancia, de Dios. En ésta actual la justificación y explicación de la reali-

dad no puede encontrar su sentido más que dentro del ámbito de este mundo. La realidad de Dios en el contexto de la ciencia moderna no pasa de ser una hipótesis explicativa innecesaria o inútil. Esto es lo que radicalmente quiere significar el tránsito de una cultura tradicional con su visión de la realidad impregnada de religiosidad, real en su primer momento histórico, y más aparente que real después, a una nueva cultura que pretende ser indiscutiblemente científica y que quiere definirse como decididamente profana. Y ésto porque sólo con ella y desde ella puede radicalmente el hombre afirmarse a sí mismo y afirmar el mundo, no tolerando ya, por consiguiente, una concepción religiosa que no pasa de ser alienación religiosa y cultural.

Intencionalmente nuestro momento cultural actual se define a sí mismo como “secular” queriendo significar así una liberación del hombre “del control religioso primero, y metafísico después”.

Esta pérdida del sentido religioso y metafísico de la realidad mundana y humana el hombre intentará, sin embargo, compensarlos con la dedicación concentrada y exclusiva a la creación y desarrollo de otros valores humanos dentro de este mismo mundo y en estas circunstancias históricas concretas.

Dentro de este contexto, la nueva cultura eminentemente profana y secular, no quiere ser anti-religiosa o anti-cristiana, sino verse desvinculada y extraña a cualquier cultura de signo religioso por resultar ya incompatible con ese estadio de plena madurez que la Humanidad está actualmente viviendo.

En última instancia su significado último es el de querer abandonar una situación cultural que venía a expresar por una parte la impotencia humana —puesto que el hombre se encontraba a merced de las potencias del “más allá”— y por otra, la seguridad nacida de unas creencias y de unas prácticas, mágicas o auténticamente religiosas, en las que el hombre pre-secular encontraba comodidad, e incluso su felicidad.

Recientemente todo un proceso creciente de civilización y de madurez intelectual, han ido independizando, liberando al hombre y a la naturaleza, llegando a conquistar ambos una autonomía creadora de alta auto-conciencia y de una sensación de omnipotencia. Así ha surgido toda esa doctrina del “Reino del hombre” cuyo ideal de vida reside en una aceptación de la propia vida humana para poder vivirla desde el hombre mismo y a un nivel exclusivamente humano, considerando todos los problemas de la humanidad como propios. Lo cual presupone que el hombre ha tenido el valor de salir de una vida radicalmente segura, tal como se la presentaba su sistema cultural-religioso anterior, para entregarse de lleno a la arriesgada tarea de buscar otra forma humana, de resolver los propios problemas. De esta forma puede sentirse animado por la esperanza de vivir mejor en un mundo en el que su vida a pesar de ser radicalmente insegura, gozará de una seguridad que él mismo ha conquistado con el ejercicio de su propio poder, aunque ésto le haya supuesto tener que renunciar a esa otra seguridad ofrecida por unos esquemas fijos de vida, inspirados

en un sistema religioso establecido.

Desde ahí puede explicarse el por qué de esa progresiva desaparición de la religión institucionalizada como soporte social, cargada por eso mismo de manifestaciones y signos externos que habían sido inventados para manifestar la presencia religiosa dentro de una civilización que interpretaba el espacio y el tiempo como realidades sagradas.

En el nuevo contexto socio-cultural y en la nueva civilización naciente, por el contrario, Dios habrá inevitablemente dejado de ser una realidad inmediata y colectiva para convertirse en un problema y problema muy difícil. Y la fe, a su vez, ya no podrá venir por sí misma ni podrá transmitirse tampoco de forma necesaria por cauces sociales. Por consiguiente, la presencia de la Iglesia en el mundo habrá de ser lógicamente más personal y menos institucionalizada.

### **repercusión del cambio y de la crisis en la iglesia**

Comencemos por afirmar que la cuestión que más seriamente debe preocupar a la Iglesia es la de saber cómo ella se hará más eficazmente presente en la sociedad del futuro. Y por tanto más que el análisis del cambio y de la crisis en la Iglesia le debe importar lo que va a surgir como consecuencia de la transformación. En este sentido es indudable que el cambio histórico mundial al que estamos asistiendo ha producido un doble impacto en la vida de la Iglesia. En primer lugar, ha servido para que ella tome concien-

cia de su marginación en la sociedad y, después, para una autocrítica y revisión de los criterios que deben presidir su relación con el mundo a fin de poderse hacer presente en él y evitar una marginación futura que la haría sentirse excluida precisamente por unos motivos psicológicos y unas razones sociológicas creadas por una nueva civilización.

La evolución socio-cultural que el mundo ha experimentado ha provocado una marginación de la Iglesia en el seno de la sociedad desde una triple perspectiva.

a) En el terreno político y social la Iglesia ha dejado de ser la potencia institucional capaz de influir en la evolución del mundo. En la actual situación de nuestra sociedad la Iglesia da la impresión de estar totalmente ausente de las organizaciones sindicales, internacionales o nacionales-políticas. Al mismo tiempo no parece presentar una doctrina social y política capaz de impulsar a los creyentes a ejercer un influjo en los movimientos importantes que parecen orientar la marcha de la historia.

b) En el campo del saber que representa uno de los intereses más poderosos en la sociedad contemporánea, la Iglesia parece haber quedado al margen de la verdad científica. Hoy el hombre ha caído en la cuenta de que la verdad es ante todo un descubrimiento que se va logrando lentamente gracias al inmenso esfuerzo de unos equipos investigadores. Ni siquiera la verdad del sentido de su existencia cree que le puede ser dada por la tradición cultural; tiene el sentimiento de que

habrá de descubrirla o inventarla él mismo.

c) Finalmente, parece haber quedado también marginada de los dos movimientos éticos que han intentado configurar nuestra civilización. La libertad como promoción de la expresión y la creatividad humanas. La justicia como abolición de todo vestigio aristocrático feudal y como defensa de la igualdad de condiciones para todos los individuos y todos los pueblos dentro de la sociedad.

El mensaje evangélico de libertad y fraternidad ha quedado dentro de estos valores éticos universales y ha perdido así su especificidad cristiana. Todo esto quiere decir que la Iglesia, dentro de esta pobreza y marginación sociológica, habrá de buscar un nuevo tipo de inserción auténtica y activa en el mundo, por medio de unos grupos cristianos que tomen la iniciativa de humanizar su medio económico, social y cultural. La "muerte de la cristiandad" debe dar paso a la capacidad creadora de los cristianos.

Pero la Iglesia al mismo tiempo que ha experimentado esta toma de conciencia de su marginación institucional ha llegado también al convencimiento de que la tierra es el lugar donde se forja la salvación y de que ella ha de crecer en el mundo, sin salirse de él, gracias a las personas que realizan su salvación mediante decisiones tomadas en todos los ámbitos de su existencia. Para ser fieles a los planes de Dios la Iglesia como comunidad de creyentes tendrá que participar, activa y generosamente, en ese gigantesco movimiento que impulsa a los

hombres a esforzarse por crear un mundo más humano, en la justicia y en la paz, comprometiéndose en la lucha por el desarrollo del hombre, de todo el hombre y de todos los hombres.

De esta forma la comunidad cristiana cada vez estará y se sentirá más unida a la humanidad. Y así se irá haciendo realidad esa nueva teología de las relaciones Iglesia-Sociedad dibujada en la Constitución "Gaudium et Spes", según la cual, la Iglesia se define "como el sacramento universal de salvación" o como "la señal o instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano".

Entre la Iglesia y el mundo hay unidad de origen, de fin y de preocupaciones.

La consumación de la Iglesia coincide con la consumación en Cristo de la humanidad y del universo. Mientras tanto, la Iglesia peregrina con la humanidad, compartiendo con ella la misma suerte terrena, tendrá que ir descubriendo lo "humano" y lo "cristiano" en la experiencia y en la confrontación histórica.

### **la nueva relación iglesia-sociedad**

El cambio histórico que la humanidad está viviendo va engendrando progresivamente un nuevo tipo de relación entre la Iglesia y Sociedad, relación que se caracteriza globalmente por una también progresiva diferenciación y por una distancia cada vez mayor entre sociedad eclesial y sociedad profana. Así se puede observar cómo la mayor parte de las

actividades humanas se han emancipado de las instituciones eclesiales, siendo ya posible vivir todos los momentos decisivos de la vida humana sin encontrarse con el cristianismo institucional.

Las causas de este nuevo fenómeno pueden encontrarse al descubrir la influencia de otros dos fenómenos estrechamente interdependientes dentro de la vida social: la laicización y la urbanización.

a) La laicización originariamente se entendió como una separación jurídica entre Iglesia y Sociedad. Su campo fue extendiéndose más comprendiendo un conjunto cada vez más amplio de sectores de la sociedad que se organizan no sólo al margen de la autoridad eclesiástica, sino incluso, sin referencia alguna a la fe ni a Dios.

b) El nacimiento de la civilización urbana como nueva realidad diferenciada ha provocado la inestabilidad humana y social al sacar a las personas de sus ambientes originarios.

De esta forma han ido surgiendo las nuevas situaciones pluralistas y por mediación de ellas se han ido consolidando, socialmente, esferas, ambientes y mundos psicológicos sin lazo de unión con las antiguas instituciones eclesiásticas de carácter eminentemente territorial. Y van apareciendo nuevas instituciones especializadas: —ninguna de ellas con afán totalizador— que exigen por parte del individuo, si quiere integrarse en ellas, una elección. También la religión en este nuevo contexto social se ha convertido en algo que hay que elegir.

Consecuentemente, y de forma progresiva, se ha ido dando un paso tan decisivo como el que supone la desaparición de una civilización sacral y el nacimiento de una civilización auténticamente profana.

Además hay que tener presente que el hecho histórico del cristianismo con su sistema de valores, de formas de pensamiento y de acción tiene necesariamente que “encarnarse” y ser realizado en el marco de una sociedad concreta. El cristianismo es siempre vivido —y en eso consiste su realidad visible— por unos individuos concretos que, a su vez, forman parte de una sociedad determinada.

Esta realidad existencial del cristianismo provocará naturalmente una auténtica simbiosis, al mismo tiempo que originará también una dialéctica y una crítica, entre las formas sociales que hace cristalizar la misma vida de la sociedad y las formas de vivir de quienes quieren ser fieles a las ideas y a los valores específicos del cristianismo.

Teniendo en cuenta este ineludible planteamiento puede acontecer que el cristianismo para hacerse realidad y vida adopte sin más el sistema social configurado por la misma sociedad en la que él se encarna. Pero puede suceder también que considere que esas formas sociales deben ser modificadas. Y puede también ocurrir, finalmente, que entienda en un momento histórico determinado —precisamente por un afán de fidelidad a los valores e ideas que considera no sólo característicos sino inseparables de su mensaje—

que las formas sociales vigentes resultan incompatibles con los valores evangélicos. En ese caso es lógico que intente o bien crear nuevas formas sociales o bien transformar y modificar, esforzándose por perfeccionarlas, las existentes, incapaces ya de traducir y de hacer visible el mensaje cristiano.

Con mirada retrospectiva podemos ver cómo hay un momento histórico, el de la Edad Media, en el que se da una perfecta integración de la Iglesia en la Sociedad. Más aún, en ese momento histórico la Iglesia no sólo fue el principal elemento creador de la sociedad, sino que ésta vivía con sus mismas formas de pensamiento y dentro de sus mismas estructuras organizativas.

Sin embargo, con el correr de la historia ha ido produciéndose un alejamiento y desfase entre Iglesia y Sociedad a medida que la Sociedad ha ido alumbrando nuevas formas y corrientes de pensamiento y nuevas tendencias sociales. Y también a medida que la Iglesia ha ido adoptando una actitud defensiva de las estructuras y formas de vida creadas por ella misma en los siglos anteriores. De ahí que no haya logrado incorporarse a esos nuevos modelos de pensamiento y de acción creados por el mundo moderno.

Lo que a simple vista se ve ahora como un divorcio entre Iglesia y Sociedad es consecuencia de esa pervivencia dentro de la propia Iglesia de las mismas estructuras de pensamiento y organización que la caracterizaron en los siglos de cristiandad.

Y la apertura al mundo moderno que la Iglesia ha comenzado a vivir a partir del Concilio es consecuencia lógica también de esa toma de conciencia no sólo de ese punto al que ha llegado sino también de la trayectoria histórica recorrida. El ímpetu renovador profundo que ha de ser, ante todo, coherencia histórica, se ha hecho realidad visible cuando esa toma de conciencia eclesial ha adquirido una verdadera proporción numérica entre los cristianos. Este hecho evidentemente ha ido precedido de una toma de conciencia previa por parte de aquellos a quienes se ha llamado "cristianos de vanguardia", un grupo de cristianos minoritarios pero lúcidos y, las más de las veces, marginados dentro de la institución eclesial, y sin embargo plenamente conscientes de la dimensión cristiana que deberían adquirir las ideas, aspiraciones y valores que la sociedad —separada ya y al margen de la Iglesia— estaba alumbrando.

De ahí que sea también lógico que este avance y esta ampliación de la conciencia minoritaria haya creado inseguridades y tensiones tanto a nivel individual como institucional en ese intento de querer integrar el sentido profundo de apertura al mundo que lleva, a su vez, a la creación de una nueva relación entre Iglesia y Sociedad.

Con todo, tampoco se debe olvidar que junto a este factor está coexistiendo ese otro que agrava las tensiones y aumenta las inseguridades. La Iglesia en el momento actual ha de "encarnarse" en una sociedad que se encuen-

tra ella misma en plena transformación y cambio.

En un momento así es tremendamente importante y grave al mismo tiempo el hecho de que la Iglesia haya comenzado a sentir a nivel institucional la urgente necesidad de un nuevo replanteamiento de su propia misión y de las nuevas formas necesarias para llevar a cabo su auténtica función evangelizadora en la sociedad. Esta únicamente será realizable cuando se empeñen seriamente los cristianos, al menos su sector más cualificado, en la búsqueda de esas nuevas formas de pensamiento y de acción capaces de hacer presente a la Iglesia en la sociedad actual.

Sólo así la Iglesia podrá superar la "actual crisis de civilización" en la que indiscutiblemente se ve envuelta.

### **la nueva relación iglesia-sociedad española**

La imagen que históricamente la Iglesia española ha ofrecido de sí misma en nuestro país ha sido la de una institución poderosa dentro del orden establecido. Por una parte ha sido capaz de mantener el catolicismo como la religión oficial del Estado y por otra ha poseído —al menos en determinadas épocas— un patrimonio económico considerable. Únicamente en el período histórico en que los ideales liberales fueron tomando consistencia en la sociedad española es cuando la Iglesia apareció como un enemigo declarado del orden a establecer.

Si bien es verdad, por otra parte, que en algunos momentos la

Iglesia ha dado la impresión de haber aceptado el pluralismo cultural y político con carta de naturaleza en la vida del país, desde la guerra civil se la ha visto de nuevo volver a sus posiciones tradicionales. La diversidad y el pluralismo han sido mirados como elementos que ponían en peligro la unidad religiosa de la nación. Y desde un punto de vista estrictamente político, la Iglesia se fue convirtiendo en el poder legitimador del nuevo régimen, del que ha recibido en compensación la ayuda necesaria para consolidar su posición privilegiada dentro de la sociedad. En este sentido el Concordato de 1953 no hizo más que ratificar la nueva situación ya creada.

Ahora comienza a percibirse claramente que la Iglesia española se encuentra de nuevo en ebullición. El tipo de integración en la sociedad característico de estos últimos treinta años, que en general refleja aún el modelo de cristiandad, ha entrado en crisis. Al mismo tiempo los grupos de cristianos más inquietos y preocupados por el futuro han iniciado ya la búsqueda de nuevas formas de integración de la Iglesia en la sociedad que sean más conformes con la mentalidad de hoy y que permitan a la Iglesia realizar mejor su misión de anunciar la verdad evangélica y encarnarla en las estructuras socio-económicas y políticas de la sociedad.

Por eso se intenta que la Iglesia —y esta actitud es intensamente vivida dentro de ella por el clero joven— esté marcada por un *compromiso* con los problemas políticos y sociales de nuestro tiempo y de nuestra sociedad. Cada vez más se va adquiriendo

conciencia de que no basta para crear las posibilidades reales de salvación la lucha contra el pecado y el egoísmo individual. Existe también el pecado a nivel de las estructuras sociales y políticas, y los cristianos tienen que comprometerse para transformarlas y hacerlas más humanas. De ahí el que se quiera de verdad que la Iglesia permanezca *libre* frente a cualquier sistema político o socio-económico determinado.

En nuestro país, la unión existente entre la Iglesia y el Estado durante las últimas décadas había llegado a crear el espejismo oficial de que las estructuras vigentes no podían ser sino las más cristianas (el régimen actual había salido de la guerra civil, “la Cruzada”, como el paladín de la causa religiosa) y de que la Iglesia cumplía su misión social al cooperar con el “statu quo” socio-político existente. Hoy por el contrario se tiene claramente una posición más crítica frente a toda esta situación y se desea una Iglesia más libre, porque se va arraigando en los medios cristianos la verdad de que la Iglesia debe saber convivir con todos los regímenes políticos, con tal que respeten sus derechos fundamentales, pero debe también esforzarse por no ligar su suerte a la existencia de ninguno de ellos.

### **hacia unas nuevas relaciones iglesia-estado**

Considerada con objetividad la situación de la Iglesia española en estos últimos años no parece inexacto afirmar que sus relaciones con el Estado Español no solamente no han sido el reflejo de una situación ideal —como pre-

tendió hacérsenos creer en el momento de la firma del Concordato de 1953— sino que ha producido una serie de efectos negativos muy dignos de tenerse en cuenta a la hora de hacer un examen de conciencia público y colectivo en el ámbito eclesial.

En este sentido es importante, en primer lugar, reconocer el hecho de la existencia real de un grave malestar intensamente vivido por los sectores de católicos más interesados en llevar a cabo una auténtica misión pastoral en la Iglesia. Más aún el comprobar que la Iglesia no ha desempeñado dentro de la sociedad española una función auténticamente evangelizadora ha repercutido de manera ostensible en un cada vez mayor alejamiento y separación entre la Iglesia y aquellos que ideológica y afectivamente se encontraban ya fuera de ella. Y no cabe duda de que los favores recibidos por la Iglesia de parte del Estado han supuesto —al menos en este sector de la población española— una, no sé si definitiva, pérdida de confianza en la Iglesia de nuestro país.

Esto nos hace pensar que al revisarse ahora las relaciones entre la Iglesia y el Estado lo más importante y lo que en primer lugar debiera tenerse en cuenta es un criterio pastoral. Porque desde él también hay que valorar, al hacer el recuento de los bienes heredados del régimen, las relaciones anteriormente establecidas. Desde esta perspectiva se comprende que lo más valioso no sean las obras que la Iglesia, gracias a una determinada “situación” haya podido realizar, sino, principalmente, el beneficio religioso que esas obras hayan aportado a los hombres.

En segundo lugar, hay que tener en cuenta que una Iglesia que se define a sí misma como “experta en humanidad” y pretende ser “conciencia crítica de la sociedad” es lógico que no se preocupe tanto de hacer alarde de los frutos pastorales conseguidos cuanto de preveer y corregir los obstáculos y peligros que puedan dificultar la realización de las funciones típicamente eclesiales o desdibujar la imagen que el pueblo de los creyentes debe ofrecer a toda la sociedad española.

En este sentido la Asamblea ha querido recoger, con afirmaciones precisas, aunque con expresiones matizadas y, a veces, ténues, el serio malestar que existe en algunos grupos de cristianos llenos de amor a la Iglesia y, quizás por eso mismo, angustiados ante el hecho de la tremenda y progresiva separación que se va creando entre la Iglesia y esos españoles que ideológica y afectivamente están viviendo fuera de ella.

Por eso la Asamblea ha querido también tener en cuenta este dato al interpretar el sentido de los favores recibidos por ella del Estado y que en buena parte son la causa de la pérdida de confianza en la Iglesia y del alejamiento de ella de un sector de antiguos creyentes. A una Iglesia que quiere ser “fermento crítico” de la sociedad es lógico que se le pida, a la hora de establecer los cauces jurídicos que definan sus relaciones con el Estado, no sólo un aparente reconocimiento de los derechos de la propia Iglesia, sino su enérgica protesta ante el defectuoso funcionamiento del Estado en su misión de tutelar las libertades ciudadanas.

Esos cauces jurídicos a establecer, o establecidos, habrán de juzgarse por parte de los cristianos como buenos o malos no desde su mayor o menor fidelidad a unos principios doctrinales abstractos, sino desde su mayor o menor aptitud para ordenar la vida política-religiosa de un pueblo en función del bien común.

Lo que verdaderamente se quiere hacer notar en las proposiciones de esta primera ponencia es el criterio de que para formular jurídicamente las relaciones entre Iglesia y Estado el dato básico ha de ser la toma de conciencia de la voluntad y sentimientos del pueblo español. De ahí que la Asamblea haya dado a entender que no parece en modo alguno conveniente, y puede incluso que resulte peligroso, el establecer un tipo de relaciones que deje traslucir, bajo la apariencia de un reconocimiento generoso de los derechos de la Iglesia en la sociedad, la limitación real de sus propias libertades al hacerse cómplice de unas deficiencias de principio en un régimen que no sólo no se ve criticado por la Iglesia como debería serlo sino que puede presentarse además ante la opinión pública como aprobado y bendecido por ella.

En este sentido —y de cara al futuro— la actitud crítica y al mismo tiempo sincera y realista de la Asamblea responde a una fidelidad doblemente exigente. Por una parte, el evitar que la Iglesia pueda ser acusada de gozar de una situación de privilegio carente de base sociológica que la sostenga y de otra, el servirse del apoyo de un régimen que puede hacer dudar a sus pro-

pios fieles de la doctrina democrática que ella enseña. Sería para ella un obstáculo pastoral insuperable el tener coartada su valentía y libertad para poder presentar íntegramente en la sociedad las exigencias de su mensaje en el campo político-social, al no poder denunciar cualquier tipo de abusos que contra la justicia pudiera cometer un régimen que se encontrase avalado por la Iglesia y que pudiera además —como en el caso del Estado confesionalmente católico— decirse inspirado en su doctrina.

De ahí el afán de la Asamblea por interpretar fielmente el “sentir de la Iglesia”, tanto en lo que se refiere al cambio de estructuras y concepciones de vida ya superadas, como en su preocupación por recuperar urgentemente su propia libertad frente al Estado.

Naturalmente que el lograr de verdad esta libertad implicará renuncia por parte de la Iglesia a todo tipo de privilegios, incluidos también los beneficios que pueden derivarse para ella de una acción estatal de tipo coercitivo y que en la esfera religiosa no puede justificarse ni siquiera por la bondad del fin al que se ordena.

Si esta nueva situación que la Asamblea postula en el terreno de las relaciones entre Iglesia y Estado no logra establecerse, es lógico que tengan que abordar sus inevitables y desagradables consecuencias aquellos sacerdotes que quieren más generosamente sentirse próximos al pueblo español y que están ya esforzándose por compartir sus verdaderos problemas y desviviéndose por encontrar las soluciones más justas. Pa-

ra ellos ser fieles a su vocación sacerdotal supondrá mantener una gran independencia de espíritu. Esto les obligará, a su vez, a manifestarse de una forma no grata para la autoridad civil que se inclinará muchas veces a interpretarla como una actitud hostil.

Este es, por otra parte, el verdadero problema que está radicalmente implicado en la intervención del Estado en el nombramiento de Obispos residenciales. La Asamblea al denunciar tan enérgicamente el sistema actual de su nombramiento ha querido cortar de raíz —por las incalculables consecuencias pastorales que implica— el peligro de que se vean excluidos del episcopado precisamente los sacerdotes más celosos y comprometidos con su sacerdocio y su vocación apostólica.

Aceptar en este campo —con cualquier tipo de fórmula jurídica, por muy matizada que sea— una selección de personas adictas al régimen, supone correr el riesgo inevitable de ver consolidarse un tipo de acción pastoral que siga necesariamente los cauces del compromiso, la claudicación y la condescendencia ante el poder civil.

### **la nueva actitud del clero**

Los problemas del sacerdote hoy no pueden ser comprendidos y, por tanto, tampoco resueltos sin encuadrarlos dentro de este contexto más amplio de la crisis institucional de la Iglesia y de su posición en la sociedad. Esto supone que la crisis del clero no se resolverá simplemente arreglando y organizando el "gheto" clerical

porque en realidad se trata de algo mucho más fundamental, es decir, de toda una reestructuración de la Iglesia como institución y de la creación de un tipo de relaciones entre la comunidad de creyentes y el poder civil que haga menos conflictual la presencia de la Iglesia en la sociedad.

El sacerdote ha de desarrollar su actividad tratando de compaginar su fidelidad al hombre actual y a la Iglesia. Teóricamente esto parece sencillo, ya que la Iglesia ha sido instituida por Cristo para continuar su labor al servicio de los hombres. Pero en la práctica no es así, ya que toda institución —eclesiástica o civil— al adoptar una estructura y organización concretas, crea una serie de necesidades internas que tienden insensiblemente a convertirse en fines, en sí no siempre compaginables con los fines para los que fue instituida. En ese caso el sacerdote tendrá que aceptar y vivir desde dentro una auténtica situación conflictiva.

Actualmente dentro del clero nos encontramos ante unas diferencias generacionales importantes, que reflejan la existencia de dos modos distintos, dos maneras de concebir la presencia de la Iglesia y de los mismos sacerdotes en la sociedad. La una, vuelta aún hacia el pasado, hacia una Iglesia de Cristiandad y un sacerdocio como estamento social; la otra, más orientada hacia el futuro, hacia una Iglesia plenamente encarnada en la sociedad de nuestros días; pero, al mismo tiempo libre de cualquier sistema político o social determinados. Esta tendencia parece ir, pues, hacia un tipo de integración en la sociedad

que podríamos llamar *integración dialéctica*. Una integración que, por una parte, permita a la Iglesia vivir plenamente inmersa en el momento presente que la sociedad está viviendo; pero que, otra, la deje libre para realizar su misión "trascendente" y que, si es fiel a sí misma, tiene por necesidad que poner en cuestión las formas socio-económicas y políticas de toda sociedad concreta, pues estas son siempre relativas frente al absoluto del Reino. Y este mismo tipo de integración es el que desea para sí mismo el sacerdote que, como tal, ha de estar plenamente integrado en la sociedad en la que vive, por su estilo de vida y su actividad profesional, pero que al mismo tiempo pide ser libre para anunciar el Evangelio al mundo de hoy

En este contexto no debe sorprendernos tampoco el que nos encontremos en este momento con dos formas de existencia sacerdotal. La de los mayores, provista de mayor seguridad, al estar avalada por una formación y una tradición encarnadas en un conjunto de virtudes por ellos vividas y cotizadas. En cambio, la de las generaciones más jóvenes experi-

menta la inseguridad de lo nuevo; tanto más cuanto que el espíritu, que esas virtudes por ellos vividas representa, tiene que crear unos modelos de acción que irán surgiendo en un contacto con la misma realidad que quieren transformar.

Actualmente nos encontramos, pues, en un momento de búsqueda: búsqueda de comportamientos y de formas de espiritualidad, a través de los cuales el sacerdote pueda vivir humana y cristianamente de manera plena y auténtica. En muchos momentos esta búsqueda será penosa y difícil. Será normal que se experimente esta dificultad y que sean los jóvenes sobre todo los que más la sientan puesto que son los más sensibles a las nuevas exigencias del mundo de hoy.

Y es que en realidad la nueva situación del mundo y la nueva forma de hacerse presente la Iglesia en la sociedad están exigiendo al sacerdote un cambio total de estilo de vida en relación con el pasado y consiguientemente una manera nueva de vivir personalmente el Evangelio en el mundo de hoy.